



EL MATRIMONIO.

NO sé hasta dónde vamos á parar, me decía no hace mucho un observador de nuestras costumbres, ya entrado en años. Por mi parte no me queda más consuelo que la seguridad de no ser testigo de la manera de vivir de la generación que viene. Digo esto á propósito de la corrupción reinante, y de que por parte de los que pudieran influir en la moralización de las masas, se ha prescindido completamente de poner el remedio, si no para

los males que nos aquejan al presente, al menos para prevenir los del futuro.

Hay ciertos vicios sociales que, por manifestarse de una manera negativa, no hieren nuestro sentido moral, como pudieran si se manifestaran abierta y desembozadamente. Me refiero á la sensible disminución de matrimonios entre la clase ínfima del pueblo. Los matrimonios, lejos de ser mas numerosos en esa clase, tanto por el guarismo que representa en el censo de la población, cuanto porque el celibato entre los jóvenes pobres es mas difícil de sostenerse, los matrimonios, decía yo, son mas escasos todavía.

—A qué atribuye usted esa disminución? le pregunté.

—Hay varias razones, que procuraré explicar á mi manera.

Las leyes de reforma, escritas para un pueblo adelantado y culto, han producido en nuestras masas abyectas un afecto contrario á la mente del legislador. Desde el momento en que nuestra plebe vió que no

sólo los curas, sinó también los jueces del registro civil podían casar, perdieron la fé en la virtud y la legalidad de la ceremonia.

Nada le dará á usted una idea mas cabal de la exactitud de esta mi aseveración, que oír cómo se expresa Pedro, mi portero, en el particular. Ya sabe usted que mi señora es muy escrupulosa en materia de conciencia, y al solicitar un portero casado, quiso cerciorarse de si Pedro lo era realmente por la Iglesia.

Pedro, con un aplomo perfectamente sostenido, le aseguró que él era buen cristiano y que por decontado se había casado por la Iglesia. La manera con que Pedro contestó á mi señora, me fué sospechosa, y aproveché la primera oportunidad para tener con él una conferencia á este respecto.

Empecé por abrirle camino, inspirándole confianza y asegurándole que nada sabría mi mujer.

—Yo, la verdad, me dijo Pedro, «paqué»

he de engañar á la buena persona; yo, es cierto que vivo con «Miquela» pero en cuanto á eso de la «ilesia», «paqué» es más que la verdad, señor amo, «no juímos.»

—Y por qué no fueron? le pregunté.

—«Pos» vea su mercé; en la familia por parte de mi padre, hagasté cuenta, que todos viven así, con su señora, pero en esto de la «ilesia» tampó han ido, no señor.

—Pero bien ¿qué razones han tenido presentes para omitir esa ceremonia?

—Pos yo no sabré decir á su mercé bien á bien, pero según le oí decir á mi padre, «dende» que empezaron á casar los señores, pues así, los de levita como ora su mercé, mi padre dijo: ya lo ven como el casamiento no es cosa de Dios; ya también los rotos casan como los curas, y eso ha de ser por sacar los tlacos; porque llevan mas barato que los padrecitos. Pero como uno es probe, y solo tiene lo que trabaja, pos mi modo de guardar los tlacos para el cura. Pos ora sí ¿adónde iba yo á dar trece pesos, si en mi vida los he visto juntos? Eso está

bueno para los ricos, y para que la novia se vista de blanco y hagan en la «ilesia» toda la «putiforma» con el órgano y todo eso; pero nosotros los zapateros, por onde! ni en un año ibamos á «horrar» trece pesos, alcanzando los sábados veinte reales ó dos pesos. Ora en cuanto á que lo casen á uno los de levita, pos Miquela me dijo: Pos oye, será mejor que no, que al fin y al cabo ¿cómo ha de valer eso? Ya ves á doña Celsa que vive con don Antonio y la pelona que la tiene «ora» don Anacleto el de la carnicería, y hasta doña Carmensita, con todo y que tiene tantos hijos de don Ceferino, nada de ilesia ni de juez; y viven en paz, que al fin para dejarla á uno los hombres por otra, pos eso lo hacen todos los días, y que como decía mi madrecita: que vale más buen acomodo que mal casamiento, y que todo lo hace el cariño, porque en no queriéndose las personas lo mismo dá que los haya casado cura ó juez.

Yo, la verdad, continuó Pedro, siempre le dije á «Miquela» que le preguntara á su

señora madre, y su señora madre le dijo: Pos anda bendita de Dios; y ese es cuento tuyo, y allá te las «haiga;» porque cada quien sabe lo que hace, y á lo tuyo tú, conque si te conviene don Pedro y te ha de dar lo necesario, como ora á mí tu padre, y te pone cuarto, pos anda, que ya eres «grande.» Y entonces «Miquela» se vino conmigo.

—La mancebía, continuó el señor á quien me refiero, es el estado natural de nuestra clase pobre con raras excepciones. Más de una vez he oído alegar las mismas razones de mi portero, razones que entre esta gente forman su profesión de fé y su moral. Están muy lejos, por otra parte, de comprender las ventajas del estado civil, ni mucho menos la cuestión trascendental de la separación entre la Iglesia y el Estado. Para ellos cayó en desprestigio la ceremonia religiosa, sin más razón ni argumento, que supuesto que los de levita pueden casar, el casamiento no es cosa de Dios, y no siendo cosa de Dios, tanto da vivir juntos con la firma del juez como sin ella.

Y una de las razones que sostienen este estado de cosas, es la falta de dote, de patrimonio y de propiedad. Las gentes que nada poseen tienen más razón que nosotros para considerarlo todo transitorio. No conocen ni saben apreciar las comodidades domésticas ni el aseo. Las une el instinto sexual, y aceptan su estado simplificado y obvio hasta la sencillez salvaje. La actual generación es ya el fruto del sacudimiento producido por la reforma en los antiguos hábitos; y dada esta práctica, como natural y generalizada por el ejemplo y por el hecho, el matrimonio en nuestra clase pobre está destinado á desaparecer por completo.

—Tiene usted mucha razón, dije á mi amigo; y sólo agregaré un toque final al cuadro que acaba usted de bosquejarme. A esa disminución de matrimonios coopera también poderosamente el nuevo giro de la prostitución en México; porque algunos miles de muchachas que llegarían á ser buenas madres de familia, á contar con el nú-

mero competente de artesanos y proletarios honrados, deciden fácilmente el dilema entre los malos tratamientos de un zapatero ó vestirse de raso.



INDICE.

	Páginas
Las botellas	7
El viernes de Dolores.	19
Baco, Mercurio y la ley del timbre.	35
Corrillo en el Olimpo	49
Los cumplimientos.	63
¡Agua!	77
Comercio y otras cosas al aire libre.	87
La casa de vecindad.	99
El High Life y las ramas de apio.	111
El ahorro y la economía.	123
Las narices.	137
El aseo, la urbanidad, la policía y la plebe.	149
Sabios y presidiarios en Ciernes.	161
Importancia de la educación.	173
La informalidad	185
El regidor y la gacetilla	201
El primer arranque.	213
El lujo.	223
La visita de digestión.	237
La adquisividad.	251
Los niños con faldas.	261
El jarabe de pico.	271
La evolución social.	281
El matrimonio.	289

UNIVERSIDAD DE NUEVA LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTENEGRO, 1927